

7 Abril 1910

A Sr. Dr. Ricardo Palma

Lima

Mi recordado y tan querido amigo  
Muchos años, muchísimos, son  
los que han pasado sin tener noticias  
suyas, pero bien sé yo que V<sup>d</sup> no me  
habría olvidado, como yo no puedo olvidarle  
jamás.

Lejos del Ecuador, sin noticias oficia-  
les de la situación y sólo enterado de  
lo que dicen los periódicos, no puedo juz-  
gar de nuestra situación política ni  
de la posibilidad de una guerra impo-  
sible entre dos naciones hermanas. La ú-  
nica culpa la tiene el gobierno de Espa-  
ña, que en 17 años no ha podido dar  
una sentencia.

Creo que la guerra sería funesta para  
ambos países y sin resultado provechoso  
para ninguno. Anhelo vivamente que la  
diplomacia calme las exaltaciones pa-  
trióticas y que lleguemos a un resul-  
tado pacífico y decoroso, pero esta-  
ble y sólido. Muy buen concepto per-  
sonal tengo de mi buen amigo Don  
Augusto Leguía y, sobre todo, de su  
excelente sentido práctico. Ojalá la cues-  
tión se resuelva como en 1894 y va-  
ya yo nuevamente a Lima como  
enviado de paz y de confraternidad.

Si la guerra estalla, contra toda  
previsión, soy ecuatoriano antes que  
todo y pondré cuanto soy y cuanto  
tengo al servicio de mi patria. Pero  
esperemos no llegar a ese estre-

mo, que indudablemente habríamos evi-  
tado y evitaremos si las pretensiones  
del Perú no fueran tan exageradas. <sup>Vd.</sup>  
sabe, mi querido Don Ricardo, que noso-  
tros no peleamos por terrenos más  
ó menos grandes; lo único que dese-  
mos con perfecto derecho es la salida  
al Amazonas por el Marañón, que con  
tribuirá á formar en su mayor parte  
con el caudal de nuestras aguas.

Ojalá antes de que llegue esta carta  
confidencial, las cosas se hayan arre-  
glado y ojalá pueda nuevamente  
darle un abrazo en Lima. Mis deberes  
de ecuatoriano no me hacen olvidar nun-  
ca la franca y simpática hospitalidad  
que recibí de la sociedad de Lima y  
de mis excelentes amigos de allá, entre  
los cuales el Sr. Leguía y Vd. ocupan  
el primer puesto.

Créame Vd. que la idea de esta  
guerra me ha apenado. Y luego no  
hay guerra eterna. Un día u otro  
se termina y quedan siempre latentes  
los impulsos que nos atraen entre pue-  
blos hermanos y vecinos.

Para toda su familia mis más  
amistosos recuerdos y para V. un  
abrazo de su antiguo y siempre  
sincero amigo que tanto le distingue

Pallares Arata  
H